AÑO XXI. — Nº 1023. EL DIA MONTEVIDEO, AGOSTO 24 DE 1952



ESTUDIANTES DE HUMANIDADES

Los estudiantes de la Facultad de Humanidades y Ciencias se reunieron en una pequeña fiesta de camaradería, organizada por el Centro de Estudiantes para inaugurar el salón que las autoridades de la Facultad les cedieron para poder instalar un lugar de reunión. Amigos de la Facultad les ayudaron a reunir objetos para una tómbola con cuyo resultado se harán las primeras adquisiciones para amueblar este nuevo centro de reunión estudiantil. El Decano y Profesores de la Facultad asistieron a este acto inaugural en el que las estudiantes sirvieron un pequeño bufet preparado por ellas mismas.

(Fotografía Juan Caruso)

Mientras el sol se oculta, los montes del Yerbal muerden la tarde con los desparejos dientes de su sierra botánica.

AGUAS CAUTIVAS Y AGUAS PEREGRINAS

BAÑADOS Y ARROYOS DE TREINTA Y TRES

"Treinta y Tres es subterráneo y órfico..."

Pedro Leandro Ipuche.

TREINTA y Tres posee un sortilegio profundo. Es un departamento cabalístico, un solar de premoniciones, una tierra en trance de decir sus secretos.

Hirsuto y soliviantado en el Oeste, desgarra con sus cerros el húmedo vientre de las nubes. Tendido al sol de los esteros del Este, duerme lentas y coloniales siestas en las llanuras. Ilumina su frente arenosa el agua de la laguna Merín, ojo sin párpados que interroga dolorosamente al cielo. Y su cuerpo montaraz, de músculos violentos y crespo vello silvano, recibe la sangre de los ríos, de los arroyos, de las cañadas, de las torrenteras, de todo un sistema hidrográfico sonoro, elocuente, poseído por el júbilo de la frescura, aleccionado por los genios nativos del canto.

Son esos ríos, esos arroyos, esas cañadas y esas torrenteras los que nos revelan el alma geográfica de Treinta y Tres; son sus escarpas en las serranías, sus gorgoteos de criollos Moldavas musicales en los valles, sus meditaciones en los remansos y sus serenos cursos en las planicies, los que nos introducen al bajo cifrado de este territorio, al contrapunto mágico de este departamento.

Treinta y Tres vive mediterráneamente bajo el signo del agua. Su gran topacio telúrico está engarzado por el río Tacuarí al Norte, por el río Cebollatí al Sur, por la laguna Merín al oriente y sesgado por el río Olimar que recibe como la nervadura central de una hoja lanceoalada, el asimétrico tributo de los arroyos interiores.

Esa agua corriente, dialogante, nerviosa, estremecida, configura la actitud de vigilia, la dimensión exotérica y epitelial de Treinta y Tres.

Pero hay un agua apaisada, en agua inmóvil, un agua metafísica, que encarna el mundo de los sueños, la mirada introspectiva, el culto esotérico del departamento por sus dormidas divinidades, por sus espíritus solariegos.

Es el agua de los bañados que cavilan en secular yacencia, desnudos como fakires bajo la llaga colérica del sol, bajo el bisturí blanco de la luna, bajo el avantar inclemente de las estaciones.

—Esteros misteriosos ¿adónde trompetea la abeja, cautivante de vuestra melancolía? ¿En qué panales se destilan las mieles de vuestra soledad? ¿Qué alas vuelan sin rumor sobre vuestros espejos diurnos, qué fervientes mariposas celebran su rito nupcial sobre vuestra piel estrellada?

No sé si es la respuesta del agua monástica ese centelleo que viene entre los juncos desde el corazón del estero a esa flotante pluma de garza que de pronto tiembla bajo el ñandutí de la paja brava.

Yo he pasado horas — las horas muertas se dice en lenguaje vulgar, pero que para mí resultaron vivas, poderosamente vivas — al borde de los bañados de Treinta y Tres, de Cerro Largo, de Rocha. Perdida mi conciencia de hombre; poseído por la luz del enorme cielo que se derrumbaba sobre las aguas quietas: identificado con el sumergido limo donde las larvas del mosquito hacían su gimnasia extraña; sintiendo descender de mis plantas, hacia el vientre de la tierra, raíces calientes, savias arteriales; respirando al unísono con la brisa que traía olor a juncos, a pastos muertos, a cieno centenario. He podido sentirme así un fragmento de paisaje, una esquirla de universo, un ser adherido a lo animado y a lo inorgánico por una solidaridad primitiva, anterior al trémolo de las nebulosas y a las lluvias del Génesis.

En las soledades empapadas de estas ermitas telúricas se escucha palpitar el tiempo, se leen los pergaminos de la naturaleza. El barro enciende los verdes cirios de la vegetación lacuestre, tiembla imperceptiblemente bajo los cayados rojos de las cigüeñas y, cuando entreabre su negra chapona bordada por encendidos huevos de rana, muestra su carne nocturna, plástica, tibia como el aliento de la creación, suave como el pétalo de una flor transida. Hoy se atempera la soledad tremenda del agua empantanada por el ministerio del agua misma. Donde el antiguo bañado acostaba su angustia ontológica, se mece actualmente la torrecilla de oro de la espiga, brota la sonrisa fecunda de la arrocera. El reino de la humedad acoge los cereales sembrados por el hombre, el *dharma* económico confirma así en última instancia los destinos acuáticos de Treinta y Tres.

Volvamos ahora a las otras aguas, a las de los arroyos Avestruz Grande, de las Averías, de las Pavas, del Carmen y Valentín, que se vierten tumultuosamente en el Olimar superior; a las que truenan en las oquedades sombrías del arroyo Yerbal; a las que relampaguean en las comarcas misteriosas del arroyo del Estaqueadero.

Este último arroyo, de montes casi vírgenes, sembrado de piedras ciclópeas donde sestean los lagartos, agachado entre la vegetación bravía de sus riberas, conserva la pureza de nuestro campo primigenio, el arisco vértigo de nuestra antepasada "tierra purpúrea".

Tienen sus árboles la impronta del bosque riograndense, el enmarañado pujo de la selva subtropical. Alternando con los coronillas, talas y sombras de toro, aparecen los higuerones trituranres, los tarumanes soberbios, los aceitunados *ilex* de yerba mate, los gloriosos Francisco Alvarez, los laureles negros, los carobás, los quillay... Y tendiendo puentes de apretada urdimbre entre ellos las enredaderas, brotan a sus pies los helechos frescos y tiernos como niños re-



Caótico, salvaje, sembrado de enormes piedras, así es el curso del Estaqueadero. En un vano intento por restaurar la armonía una palma yergue al fondo el grácil surtidor de su copa.



En un remanso de arenisca soledad y enmarañado albedrío, vuelven a ser las aguas las primitivas confidentes de la belleza.

cién nacidos, lancean sus flancos las tacuaras aguerridas, suenan a ras del suelo las arpas silvestres de los culantrillos.

El sol penetra con dificultad en la maraña. Se hiere con las espinas, se enreda en las lianas, acaricia arduamente los troncos cubiertos de hongos color herrumbre, y cuando logra llegar al lecho ensortijado de la umbría, es apenas una medalla friolenta, de oro viejo, robada su luz y apaciguado su ardor por el filtro de la clorofila, por la estameña de las ramas, por los pectorales de loe árboles.

De tanto en taato, surgiendo como surtidores, las palmas chirivá se recortan sobre el azul apasionado del cielo. Cuando las veo ascender, garbosas, cenitales, con elástica euritmia, recuerdo las palabras de Ulises evocando una palmera de Delos al contemplar el talle gentil de Nausícaa, la princesa de los feacios. Y me digo que éstas, aunque humildes, también son princesas, doncellas indianas de elegante señorío Nausícaas que merecen como aquella la alabanza de los náufragos y la emoción de los poetas. Estoy sobre una piedra plana que se adentra en el arroyo. Me cercan las dos paredes laterales del bosque con su furia xántica, con su empinado *crescendo* de follaje. En el reborde de la roca suspend sus corcheas las hojas de los camalotes dibujando un simple compás de vidalita. a mi vera el agua fluye lentamente, tímidamente, sobrecogida por el silencio y la soledad.

El cielo entero se cae, con sus nubes tranquilas y sus cuervos que planean a un kilómetro de altura, con sus alguaciles de alas irisadas y sus sábanas de añil, dentro de esta pupila fluctuante, de este azogue cadencioso.

Las aguas reflejan un paisaje invertido y sus ondas livianas alisan las imágenes, pasan sin vulnerarlas, resignadas ante el intento inútil de atrapar el vuelo de las aves, el resplandor viajero del insecto, el algodón seráfico de los cirrus.

"¡Qué baño de plenitudes, de armonías esenciales! Aquí se puede escuchar, de rodillas, el pulso solemne de la patria. Lejos están las ciudades del sur cosmopolita, del litoral agrario. Lejos están la tos de los motores, el frenesí de los avisos de neón incandescente, el trajín multitudinario de las calles. Lejos están las brillantes rúas de hormigón, los escarabajos temibles de los automóviles, la teoría vertical del cemento, el alarido de las bocinas, el humo de las fábricas.

¡Oh paz anterior de la égloga, recogimiento claustral de la naturaleza, acorde remoto de la vida! El alma desanda el camino de las convenciones, olvida la estrategia social, se ovilla en sí misma, contempla su manzana inocente, su ofidio tentador, su pecado de la aurora y su redención del crepúsculo. Los pensamientos se abisman en este Edén fragoso y encuentran, sin quererlo, la clave conmovida de la existencia.

Guardan todavía nuestros campos algunos rincones donde se puede entablar el mas bello de los soliloquios. Busquémoslos. Descubrámoslos. Cierto es que el hombre puede construir islas de ensimismamiento dentro del bullicio de sus semejantes. Pero estos cenobios terrestres son celdas de incontaminada pureza donde se beben los zumos del planeta y se comulga con las aguas místicas de lo creado.



Arboles y cielos se derrumban en los húmedos espejos del Estaqueadero. Y en un lírico primer plano, las hojas del camalote dibujan un compás de vidalita.

No he revelado con todo lo dicho el secreto de Treinta y Tres. Su peculiar mensaje debe ser hallado por cada uno de nosotros en renovadas abluciones de soledad, en íntimos peregrinajes amorosos.

Cada departamento de la República posee un lenguaje propio, un *pathos* subterráneo, una clave geográfica, una atmósfera privativa.

En los palmares de Rocha se da algo muy diferente a lo que hemos intentado describir. En las islas del Río Negro se oye otra voz. En los cerros del Catalán zurea la paloma de las ágatas. Iremos con el lector al encuentro de todas esas regiones potenciadas y soledosas. El encanto de nuestro territorio no es grandielocuente. Sólo se revela a quien percibe los matices de su gama sutil. Porque es en el matiz indeciso y no en el color definitivo donde se encuentra el rubor adolescente de la hermosura y la flor recatada de la gracia.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Una tropilla de oscuros abreva al borde de un bañado. A lo lejos, los cascos de las estancias y los postes del alambrado acentúan el carácter pastoril del paisaje.



Parque Zorrilla de San Martín



La calle 25 de Mayo, de Melo



Arroyo Conventos, uno de los hermosos paisajes de Melo.

SUEÑO Y ENSUEÑO DE MELO

HAY un pulso para graduar la temperatura de los pueblos. Porque hay pueblos fríos, como los hay calientes, como los hay tibios. Melo ofrece una suave tibieza de paisaje íntimo, no sólo en la cercanía de su horizonte urbano sino también en la lejanía ondulada de su paisaje terrígeno. Es una ciudad de estampa colonial. Yo sé que a muchos melenses, enamorados de eso que llaman modernismo, les sentará mal esta calificación colonial que damos a su ciudad. Sin embargo, ventura es para un pueblo, una urbe, una ciudad, una aldea, vivir con ritmo antiguo el impulso moderno de los tiempos. Eso es lo que da carácter, personalidad, pulso para graduar la temperatura de los pueblos.

Lo primero que advierte el visitante es un silencio de voz humana. El melense no sabe gritar porque sabe hablar. Su palabra tiene medida exacta de resonancias. Tanto como hablar para los demás lo hace como si calculara la resonancia de su voz en la concavidad de su pecho. Por eso sale su palabra con suavidad de sangre tibia. Aquí se habla primero para sí mismos, luego para los interlocutores. Los hombres que hablan primero para su propia recreación no forman pueblos gritones, sino de parla morosa, quieta, sustantiva, y es en sus ojos que debemos hallar el sentido de sus palabras. Los ojos como expresión de verbo, he ahí el prodigio de las criaturas con luz interior. Los pueblos que llevan luz interior hablan luminosamente, lo que sólo tienen viento despiden *flatus vocis*.

Este hablar para adentro y este mirar hablando, hacen del melense un hombre de afinidades humanas. Pero la afinidad es producto de la singularidad. Los hombres, como los pueblos, bien definidos, quieren desentrañar a los demás hombres y pueblos. Por eso miran y miden ávidamente a los hombres que se aproximan a su zona de influencia. Los espíritus definidos buscan la definición en todo. Son antenas abiertas para el conocimiento del hombre, empezando por interesarse por el hombre. Así me explico que los melenses guarden una cortesía urbana que sólo se observa en las pequeñas ciudades de España, el saludo y deferencia para el que consideran extranjero. No forastero precisamente, sino extranjero. Su buen olfato espiritual les hace conocer al foráneo limítrofe del extranjero propiamente dicho. Y su cortesía es sencilla, espontánea, sin complejo de inferioridad ni superioridad, de igual a igual, castellana al fin.

Silencio hemos dicho. Un silencio que lo llena todo. Difícil aprendizaje. En la filosofía budista, el silencio es la fuente de la sabiduría. Quien no sabe callar no sabe hablar. Ni tampoco cantar. Y vaya una anécdota:

Cuando el autor de estas líneas, después del mes de lazareto, ingresó en el patio grande de la Prisión Deformatorio de Alicante, el pianista y musicólogo José Vives allí encarcelado le indicó que se apuntara al coro de la cárcel, para librarse de viles menesteres, pues sabido es que la falange reservaba para los intelectuales los trabajos más sucios de los presidios creyendo así humillarlos.

—¿Yo en el coro? — repuse—. Pero si no sé cantar.

—Lo difícil en el coro — me dijo — no es saber cantar sino saber callar.

El silencio es la medida de todos los ritmos, lo que da norma y aliento al fluir de los cantos y cánticos. Sin pausa no hay eco, y el efecto lírico del hombre alcanza cuando, después de emitir nuestra voz, guardamos silencio para comprobar sus ondas repercutiendo sobre el corazón de los seres. Y el efecto que observamos en Melo es hablar quedo, guardando silencio para que esa misma voz repercuta en nuestra ánima, devuelta por la resonancia cordial de los demás hombres.

La arquitectura de Melo guarda consonancia con su clima espiritual. Casas construídas hacia adentro, saturadas de voces



Liceo Departamental de Melo

íntimas. En su casi totalidad de planta baja, para que el hombre no pierda contacto con la tierra, que es la única manera de ascender sin peligro de caída. Se ven antiguas casonas, techo de teja enmohecida, color de tiempo con caparazón de lluvia, saturadas de un secular relente de estrella. Estos tejados tienen la virtud de reconstruir leyendas cuya realidad tangible son ellos mismos. ¿Qué más sorprendente leyenda que estos tejados vetustos, perdurando contra la piqueta sembradora de cascote? Sin embargo, aquí en Melo, como en todo el departamento de Cerro Largo, estas casonas dilataron con espanto sus ojos enrejados ante el caracoleo de los trotones de las invasiones brasileñas, y ante el entrevero homicida de las revueltas con denominación de arcoiris. Lo que estos ventanales contemplaron a la luz del sol y bajo las sombras no lo pudieron ver jamás los ojos humanos, ni siquiera imaginar los hombres con fiebre delirante. La realidad del suceder histórico que se fragua entre sombras es siempre superior a la imaginación del hombre, porque el propio ensueño fantasmal de la mente humana se despersonaliza hasta alcanzar independencia del soñador que le dió vida.

¿No será cansancio, fatiga histórica más bien, lo que se desprende de Melo? Se respira una aura densa de recuerdos, pero con claridad de día luminoso. Y no es la sombra lo que más fatiga el alma sino la luz. Tanto se nos ha vituperado la sombra que siempre la vemos en perspectiva sombría. Pero la sombra es también el descanso. Y he aquí una aparente contradicción: Melo es una ciudad recargada de sombras históricas, como si dijéramos de reposo histórico. Una de esas ciudades sobre las que el espíritu del hombre se reclina para la contemplación de sí mismo, para hallarse a sí mismo. Y nada fatiga tanto como ese continuo auscultarse, esa inquisición del alma y vivisección del cuerpo histórico, para desencantar el misterio de nuestros antepasados como pórtico de entrada a nuestra propia personalidad.

Las ciudades nos parecen viejas, no por los años de su vida sino por la fatiga de su ánima, por la plenitud de su contemplación. Sólo los hombres y los pueblos cargados de historia son melancólicos o tristes, y tienen derecho a dormir sueño de tiempo para librarse de excesivo peso espiritual. Su sueño es un auténtico dormir profundo de todo el cuerpo. Casas dormidas, y calles y plazas con nimbo de sueño desde la aurora al véspero, envuelta la ciudad con un velo, techo de teja histórica, humo de hogar que se desprende sumisamente hasta convertirse en trasparencia de cielo abierto.

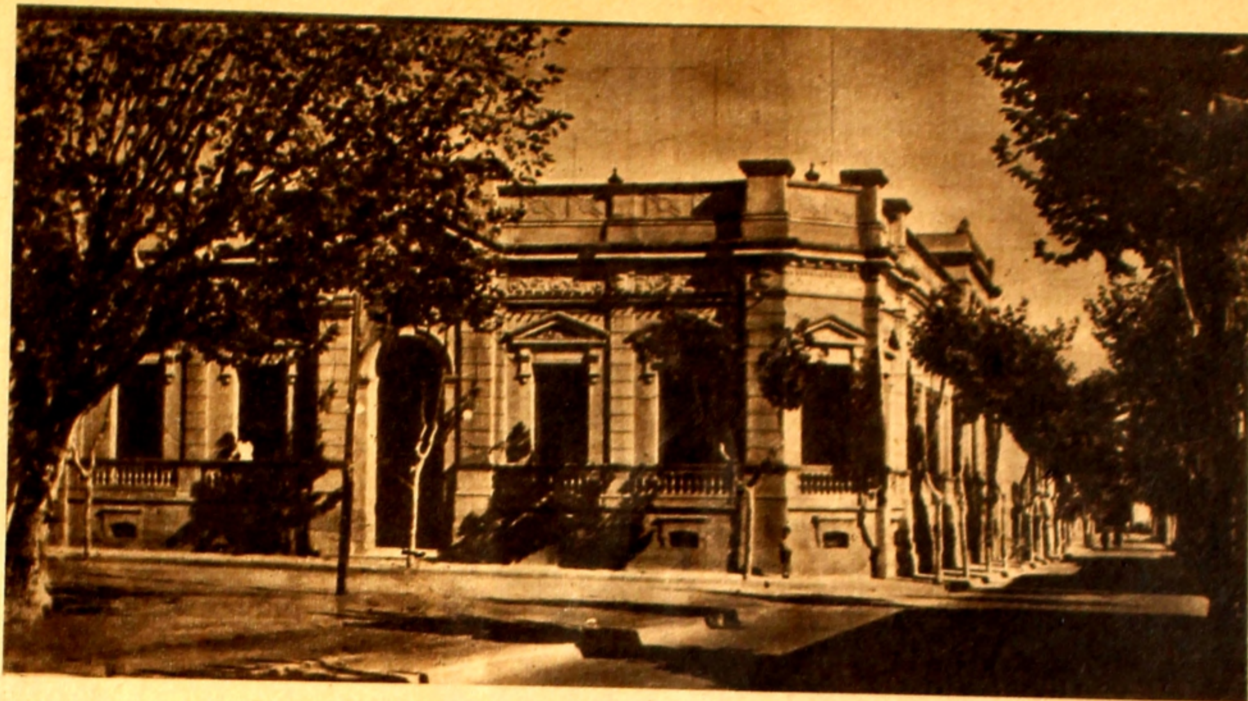
Hablan los hombres en las calles y su voz se percibe como eco de pecho dormido, y es que el sueño se ha convertido en ensueño, aliento poético del dormir de los hombres. Porque aunque hay pueblos que sueñan despiertos, el verdadero ensueño de las almas se realiza durante el sueño de los cuerpos. Entonces, todo lo frustrado de nuestra vida adquiere relieve razonante de poesía en el cerebro, liberándose los fantas, nuestros fantasmas interiores, lo que quisimos ser y no pudimos ser, lo que en sueño de vigilia queríamos dominar y a la postre nos dominó a nosotros en el despertar de nuestras sombras acunadas por el ensueño.

¿Cuál sería el ensueño de Melo? Porque soñadora, dormida, por fatiga de historia lo es, pero al dormir suelta también los fantasmas que sólo en la noche salen. Auscultamos su noche, y sentimos una fuga de sombras liberadoras de pesadilla. Sombras hijas de su fiebre, de su vientre, nutridas de su fantasía, turbulentas, con sensualidad de verdes virginales, imágenes que el ancestro endemoniado soterró en el claustro del deseo dormido. Que no nos engañe esta suavidad de noche y esta tibia luz del día. El alma de Melo vive atormentada, con sangre bullente de virgen que quiere dejar de serlo, o de soldado condenado al cuidado de la esteva.

Desde una leve ondulación se divisa a lo lejos una línea de cerros que da nombre al Departamento. El verde de los prados toma un tono esmeralda en la tarde declinante. Se divisan, dispersos, mudos lanares cuyas manchas grises resaltan en el verde tranquilo. Un mugido tiembla en el paisaje, como un vendaval germinativo, dispensador de fecundidades. Lo que menos llega a nuestra sensibilidad es el "Angelus" de Millet. Lo poético alcanza en este país tensión metálica de verde sobre el horizonte vertical del cielo azul, con una transparencia que acentúa el terso seno de los cerros.

El paisaje parece también dormido en una urna de cristal. Aquí quisiéramos reposar indefinidamente. Encontramos lejanía para el sueño y el ensueño, como en la ciudad presentimos y sentimos sueño de edades en el ensueño recreativo de las ansias. Un paisaje múltiple, vibrante en cada una de nuestras inquietudes. Paisaje de tierra ondulada, de cumbre, que a lo lejos se insinúa como paralelo de ubres en sus picos, de aire con cabalgar de nubes, de corazón en el plañir del viento entre eucaliptos, de alma en nuestro propio sentimiento de comunidad con la llanura, los cerros, los árboles y el viento con plañir de criatura en la marimba de las ramas.

Más lejanía. A medida que la luz se desvanece, la profundidad es más intensa. Paulatinamente se van esfumando los últimos términos del paisaje. Llega un momento en que las sombras lo llenan todo, y entonces, nuevamente se asoman a nuestra sensibilidad los términos lejanos, esas pequeñas cimas de la ondulación uruguaya que siguen dando presencia al paisaje bajo las constelaciones.



Club Unión de Melo

Regresamos a la estancia nocturna de la ciudad. Todo se aquieta. Si la noche es ruido en las urbes, en Melo la noche es coloquio. En sus cafés, muy pocos afortunadamente, apenas si se percibe el bisbiseo de los contertulios. O nos parecerá bisbiseo a nosotros en relación con la estridencia de Montevideo. Las calles han enmudecido. Los ojos de las casas se han cerrado definitivamente para mirar hacia dentro. Sin embargo, es ahora cuando las vemos en su auténtica significación de vivienda del hombre. Aquí percibimos que las paredes son acogedoras, están hechas a medida del hombre, tan a su medida, que el hombre sale de ellas revestido de su propia casa, en la medida que su casa ha quedado saturada de la impronta del hombre.

Pero no acaba aquí la impresión que Melo estampa en nuestro espíritu. En nuestro reposo estelar, cuando el sueño nos vence y el ensueño ensombrece la luz de nuestro cerebro, suenan unas campanadas que llenan el hueco de la noche. Parecen gotas de sol derretido que se han hecho bronce en el corazón de la campana. Cada una de sus vibraciones se adensa en nosotros para saturarnos de la hora que pasa, que definitivamente quedará grabada en nuestra alma como una estigmatización de luz metálica. Despertamos por un instante y nuevamente el peso de las sombras se apodera de nuestra voluntad para llenarnos la mente de fantasmas.



Plaza Independencia de Melo.

Pero el ensueño de nuestro sueño vence a las sombras, diversifica fantasmas. La luz se hace tibia evocación de perspectivas espirituales, como las de esta ciudad de Melo cruzada por la esmeralda de sus praderas y el parpadeo de sus casonas con sabor de colonia. Sueño de fatiga histórica contradiciendo su tierna edad ciudadana, ensueño de matices luminosos, no obstante la aparente monotonía de sus cuchillas.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).

Escuela Rural Nº 83.
Rincón de Suádez — Cerro Largo.



Plaza y monumento a Artigas.



Copia de la cabeza de Cristo de Beauvais



Cabeza de Beethoven.

LOS GRANDES ARTESANOS Julio Tixe

JULIO Tixe pertenece a la categoría de los grandes a tesanos. Su obra se concentra en la escultura en madera, donde realiza obras originales, muebles y cofres, así como copias de obras antiguas, y pone de manifiesto las raras virtudes de los antiguos. Los tiempos modernos cambiaron la vida y los ambientes. Con ellos se fué dejando lejos la decoración de estilo. Tixe sigue la tradición con loable impulso y logró destaca se en más de una exposición en la que se le distinguió con premios de alta significación. Nació en 1907 en Génova. Estudió escultura decorativa en la casa Rubino, en la que se trabajaba para los muebles y decorados de la real casa de los Saboya. En la Academia de Bellas Artes de Génova estudia y gana el primer premio Scansi en 1927. Con tales antecedentes, fué a París, donde siguió estudiando en el Museo del Louvre. Radicado en la capital francesa desde entonces, en 1942 fué premiado por el Museo de Artes Decorativas en el Pabellón Marsan. Este concurso lo ganó Tixe entre los mejores artesanos, ya que de cada ciudad principal de Francia debían concurrir para disputar el premio. En ocasión del bimilenario de París, año 1951, se realizó una exposición de artesanía internacional, ganando este escultor el premio —medalla de oro— del artesanado francés, y la medalla de vermeil de la enseñanza técnica de dicha ciudad.

Como puede verse, Tixe es un artesano destacado en ambientes donde la tradición viene sucediéndose desde siglos, y las grandes catedrales y palacios cuentan con el adorno de la escultura en madera como elementos que viven la época de oro del artesanado. Nuest a época fué poco a poco perdiendo el sabor a esta labor pura. La máquina sustituyó en rapidez lo que el hombre realizaba como un canto al trabajo. La fe de aquéllos suplía al tiempo... pero las obras quedaban por siglos como dominación viviente del hombre que amaba su oficio. Pocos son los que en el mundo siguieron, aún contra la época, laborando en estilo el encaje que la herramienta va surcando. Y pocos son los que como Tixe se embarcan en obras grandes que le deparan satisfacciones, aunque empleen en ello días y días de agotador trabajo.

Y bien; este notable artesano se halla entre nosotros. Ha venido desde Francia a radicarse en el Uruguay, y aquí piensa seguir, en la tranquilidad de nuestro clima y en la libertad que en él se respira, el trabajo que aún resta por hacer. Nosotros tuvimos oportunidad de apreciar su obra en Europa en el año 1949, y trajimos formada una idea elevada del escultor en madera, que abarcaba no sólo cofres y muebles de elevado valor, sino que creaba la figura en la música con Beethoven, en la mística con grupos alegóricos, ejecutando también la deformante de Cuasimodo, el personaje de "El Jorobado de Notre Dame", así como copias de obras famosas llevadas a la madera con bella fineza. Tallas en madera estilo gótico de los siglos XIV, XV y XVI, y tantas otras obras en las que Tixe entra hasta hallar en el mismo sentido de la madera la razón de su finísima comunicación con las alegorías que pueblan su espíritu y con la vocación que siente ahondar cuando trata la noble materia. Existe en su obra evocación y veneración hacia los maestros en los cuales él se inspira, y cuando copia en la madera un cuadro famoso en bajo-relieve, su respeto y fidelidad, el amor que pone en su trabajo, son las cualidades que imperan al servirse de un detalle para enriquecer su acervo o decorar un mueble. Por ser el artesano un trabajador de meritísimos valores, más cuando como Tixe ya ha triunfado sin lugar a dudas, es que queremos al encontrarle en nuestro país, rendirle tributo a sus condiciones relevantes y a sus méritos ganados, esperando que en el Uruguay pueda seguir la huella de sus triunfos. — E. V.





Mueble que obtuvo el primer premio (medalla de oro) en la Exposición de Artesanía de París. (1951).

SOMBRAS ENTRE LOS CIPRESES

FELICES, con la felicidad que sólo pueden obtener los árboles, ellos viven donde la muerte halla su refugio. No es cierto que sean "espectros de una llama". Los cipreses son los condensadores de las sombras. Las recogen piadosamente porque las almas ya no tienen un lugar cálido donde refugiarse. Entre su ramaje apretado, ellas aún sienten el latido universal. Como sabe lo que es la muerte, el ciprés no se difunde inútilmente como sus hermanos. Se concentra, se aprieta; nada de derroches y ornamentos: "Juntémonos, hijos", dice a su alrededor. La hoz viene por el aire, la ha visto y no quiere darle asidero con ramas desordenadas. Por eso ha logrado tener forma de corazón: "Juntémonos, hijos". Y así nació ese estremecimiento callado que es su alma y se desenvolvió con el sentido íntimo que tienen las grandes obras de arte. Como un jarrón de cristal, abierto por un rayo de sol que hace nacer en su interior la secreta belleza guardada por su trasparencia, el ciprés junta todos los vagos suspiros de pena, los crepúsculos de despedida, las sombras desprendidas de la materia, y los lleva hasta su corazón que late tibiamente. Y allí están verticales, vestidos desde sus pies, para que no los confundan con un árbol común, y llenándose de ojos de almas que se asoman alegres en las esperas grises de sus semillas.

DON RAMON

Esperábamos a la entrada del cementerio el cortejo que a la hora debería llegar



acompañando a don Ramón Díaz. En el único banco que está junto a la entrada, fueron cayendo los viejos en busca de descanso y apoyo. Algunos parecían derrumbarse más que sentarse, apurados por sus fatigas o los cuidados que exigía su última intervención quirúrgica. Todos sonreían y buscaban el chiste. Ninguno dejaba de comentar sus dolores como éxitos y terminaban con animación los relatos. Los recuerdos de las virtudes de don Ramón no afloraban. En cambio, ninguno podía olvidar las anécdotas de su vida, tan larga y plena de incidentes lugareños felices. La gracia de una frase llenaba como un sello tierno la fuerza de la evocación. Era una conversación plena de nobleza hidalga, en medio de sonrisas. Los dolores de la vida de don Ramón no se contaban. Todos los habían vivido como propios. Lo natural era olvidarlos. En cambio, cada uno tenía que recordar aquel feliz accidente, la solución que diera a aquel otro compromiso sin solución, o la palabra lapidaria que pronunciara en determinado caso. Bien se veía que mientras perdurara uno solo de aquellos viejos, que despertaban debajo del polvo de los años, las historias dormidas, don Ramón seguiría viviendo. Y nada cambió cuando, con solemnidad, llegó el féretro. Apenas si se bajó algo más el tono de la voz. Ninguno sentía su muerte como una despedida. Hasta el sacerdote dió a su discurso un sentido de alegría y la evocó para grabar con ella la definición y unidad de la existencia de una vida ejemplar y el valor en don Ramón de los hondos convencimientos religiosos. Era que la paz con que este hombre recibiera los acontecimientos dolorosos de su vida, se transparentaba, en una copia inconsciente, en todos nosotros. Su cabeza, de perfil artiguista, había quedado fija en los recuerdos y se nos mostraba viva en el pensamiento, en medio de las tragedias familiares, con la serenidad augusta de los hombres que saben vencer el dolor más desgarrante.

Aquel sepelio fué el más bello homenaje a un hombre sencillo. La distinción natural de un grupo de hombres sensibles que la edad despoja de vanidades, dejó caer sobre su tumba la flor que nace espontánea solamente en los espíritus buenos: la alegría serena.

GUALBERTO

En aquella casa, la muerte no pudo dejar las huellas acostumbradas. Nada trastornado, ni un mueble fuera de su sitio. Los vidrios trasparentes sin una mancha. Los pisos pulcros con reflejos que les arranca el cuidado permanente y extremoso. En el corredor, un grupo de amigos susurraba sus impresiones bajo ese aire medido que emanaba de todas las cosas. Volvíanse los ojos desde el parral de hilos tensos que hacía de artesonado al corredor, a los arriates cultivados, y ni una piedra, ni una planta, dejaba de mostrar el mismo sentido de orden y el deseo de armonizarlos. Se presentía la larga elaboración de motivos antes de trazar cualquier curva de los caminillos del jardín. Se veía el cálculo preciso para delimitar la tierra que era imprescindible dejar a la huerta a fin de que no faltaran las provisiones ni disminuyera la belleza de los macizos de flores.

Alguien se me acerca y me dice:

—Espero que Ud. dirá dos palabras...

—¡Ah...! Sí... Es verdad... es preciso decir algo...

¡Decir algo...! Nunca como en ese momento había tenido la impresión de lo falso de la muerte. Allí, en medio de sus cosas, sólo veía una voluntad, lenta, parsimoniosa, clara en sus ideas de trabajo. Fué una vida embriagada con el lejano, evanescente embrujo de utilizar algo de la localidad, de lo que le rodeaba, para hacer nacer una industria. Lo veía bien: era el mismo espíritu de su bisabuelo inmigrante que ciento treinta años antes fundara el molino de Velázquez, el mismo de quien decía don Francisco Aguilar a su hijo en una de sus correspondencias, allá por 1830: "Te mando tres onzas por el gallego Velázquez. Es hombre de toda confianza." Tampoco el bisnieto había cambiado. La misma rectitud para el manejo de lo propio y de lo ajeno, la misma preocupación por hallar la "fórmula" de curar un cuero, descubrir cómo se hace una gamuza, endurecer una madera, "todo esto que aquí no vale nada o se tira". Paciente, callado, meticuloso, hasta dar con la fórmula secreta de sus sueños, su persona dejaba escapar algo acorazado en la firmeza y en su voluntad sin una arista agresiva.

Alguien que unos momentos después vagaba bajo los cipreses, como una sombra anticipada, se me acerca:

—Ud. que fué su amigo... dirá dos palabras... seguramente.

—¡Ah...! Sí... Es verdad... Es preciso decir algo...

Miré al lado mío el ciprés de profundo verde, inmóvil como una columna, lleno de semillas sin abrir, que parecía ofrecerse como un recuerdo de ese día y de esa hora. Extendí la mano y cuando ya iba a desprender la esfera luciente, la abandoné.

—¡Para qué! —me dije.

Pensé en los arriates del amigo Gualberto, tan cuidados, llenos de frutas y flores y que él nunca más vería y sentí el vacío a mi alrededor.

En ese momento dejaron el ataúd frente al nicho. Fué como su vida la inmersión en las sombras. Sin ruidos, sin un choque, como si todo estuviera previamente ensayado, desapareció el ataúd bajo la cubierta de mármol.

Alguien me miraba interrogando. Ya estaba dispuesto a decir cuanto sentía, pero la pregunta vacía resonó de nuevo:

—¿Para qué...?

Y dejé sin una palabra aquel amigo que era la imagen de la vida de la mayoría de las gentes de Maldonado, que se van así como han vivido... sin ambición... en silencio... sin siquiera una palabra de los amigos.

RAFAEL

El cortejo fué descendiendo desde lo alto del cerro bajo el arco inmenso de la calle de pinos, negra como un túnel. Desde la casa se distinguía nítidamente el grupo silencioso cuyos pasos no se oían, como si se ahogaran al tocar la tierra. En el arco sombrío donde terminaba la calle de pinos aguardaba la carroza fúnebre, brillante al sol como una joya. El marco oscuro de piedras y pinos le volvía una estampa inesperada de nuestro ambiente. Miré desde la amplia terraza el paisaje luminoso, las curvas descansadas del río de plata, el peñón que caía como una cortina de piedra en el abismo, y al darme vuelta hallé la gran puerta abierta de par en par, los cirios aún encendidos y la inmensa casa desierta: el nido estaba vacío.

Aquel cuadro me pareció reflejaba la vida de Rafael de la Fuente, Fué un largo esfuerzo por alcanzar a formar su nido. Llenarlo de afectos; día a día acrecerlos afanosamente, con cuidado rodearlo de amistades sinceras, haciendo que su bondad apareciera de una pureza hidalga y patriarcal. Le acompañó a ratos la fortuna y muchas veces la adversidad. Nada se traslucía de esos cuadros de sombras en su semblante siempre sonriente. Tenía un optimismo sano y cuando en las borrascas económicas se veían los viejos barcos inclinarse, él llevaba el suyo a buen puerto con un ágil golpe de timón. Sus negocios de Maldonado eran, en realidad, visiones poéticas. El hizo, antes que nadie, "cantar el grillo" (Cante-grill), cuadriculando y vendiendo a enas sin valor y sólo una fantasía lujosa pudo ver lo que en Punta Ballena realizó: hacer de unos peñascos colgados del cielo y comprados en algunos centésimos, la suma de trescientos mil pesos. Sus raras condiciones de hombre de negocios y su rectitud moral fueron utilizadas por la institución bancaria del Estado. Un compañero supo recordarlo en el instante de la despedida, marcándolo con esa palabra tan conocida y cada hora menos usada: lealtad. Esbozar su biografía, es poner en cada línea esa palabra. Se encontraría desde su iniciación, y quizás no fuera suficiente. Sería preciso recordar que de la Fuente fué un apellido sonoro y amado desde la iniciación de la vida fernandina. Las viejas paredes de su casa solariega recuerdan los episodios más culminantes de nuestro drama nacional, y a lo largo de la historia llenó siempre con honor los lugares más señalados. Por eso, enunciar sus méritos sería una repetición secular de las virtudes de quienes en la vida le precedieron. Por mi parte, sé que tenía un espíritu que la lucha no había conseguido ensombrecer. Aún sabía sonreír a los amigos, Aún su mano era firme en el saludo y tibia en la despedida. Cuando ya había llegado, como un gran señor, a tener su castillo y su panorama, el destino dió la hora definitiva. Le acompañamos como quien asiste a la terminación de un sueño. El gran cerro, la bella mansión, el río con su cinta de plata, refulgieron para rodearlo en la despedida. Aún oímos junto al gran muro de granito que alguien suspiraba... Desde lejos, como yo lo hacía, uno de los suyos dejaba escapar en los sollozos su pena. El "Peñasco", como si fuera el gran libro de piedra de Maldonado, había doblado otra página de las que empezara a escribir Francisco del Puerto, siguiera Velázquez Seijo y terminara de la Fuente.

SEÑORITA GILA ROMERO

Sentí un impulso imperioso de acompañar los restos de Gila Romero a la "última morada". No comprendo este sentimiento como un homenaje al que desaparece. Lo entiendo como una cortesía hacia los vivos que nunca quieren estar solos para enfrentar a la omnipotente y descarnada enemiga. Pero con Gila Romero era distinto. En realidad, deseaba encontrarme de nuevo, por una vez más siquiera, con la anciana en medio de sus cosas. Ahora, ella misma era una cosa más entre tantos recuerdos. Se había empequeñecido, se había disminuído como para desaparecer disimulándose, a fin de no molestar a nadie con su vida. Tenía 96 años y 93 los había pasado en la misma casa. Era inútil que dijéramos que había desaparecido. Por un tiempo, por lo menos, ella iba a estar allí presente, en cada mueble, en cada paño de crochet, en los pájaros y las plantas. La hora le fué llegando despacio. Un lento desdibujar de las imágenes en su memoria había precedido durante años al instante aquel. A veces buscaba, durante semanas, un nombre que pugnaba por surgir de la memoria, y ella lo llamaba sin poderlo encontrar. Así moría el nombre pero no la ansiedad del recuerdo. Siempre ocultó su pena por temor de mostrar este tenue desaparecer de su personalidad, y cuando ya se hizo muy visible no lo sintió más: se había acostumbrado a "verse" morir suavemente. Lamentaba muchas veces no poder cuidar su jardín, no cumplir con tantos menesteres que la casa exigía, pero también se fué reduciendo esta última ambición de querer "servir para algo". Por último conservó la costumbre de asomarse al zaguán y ver pasar el mundo estrepitoso de autos que llenaban el ambiente de fragor y estallidos inquietantes. Algo la distraían, ni mucho, esas visiones borrosas que percibía, los sonidos estrepitosos que la inundaban sacudiéndola físicamente. Y luego volvía de nuevo a su sillón, cansada "de nada", sin haber visto nada, sin haber escuchado nada. Cuando alguien le traía alguno de esos nombres olvidados, o mentaba aquella fiesta tan hermosa de otra época, en las que no existía un solo estrépito de auto ni altoparlantes insistentes y agotadores, las imágenes desfilaban en su memoria acompañadas de los dulcísimos acordes de las apagadas guitarras, y todo eran finos velos tendidos por manos jóvenes en una cortesía de minué. Qué vida de sobresaltos ahora y qué mansa paz la de su jardín, donde centenares de pequeños recipientes mantenían, sin saber cómo, ventrudas cebollas desbordantes, que le daban todo un arco iris de amarilis y flores de lis. Su vieja higuera hacía de hora lo secular entre tanta flor de un día. Volvía con poco cambio todos los años con su sombra y su fruta. Pero, sobre todo, ella estimaba que volviera: ya ni la sombra ni los sabrosos higos le interesaban. El encanto melancólico estaba en el retorno, que pudiera saludarla con sus ramas cubiertas de hojuelas en sus puntas como llamitas encendidas de primavera. Ahora ella también quedaría sola sin esa compañera de casi un siglo, que tan bien la comprendía y sólo le pedía: ¡vive! ¡vive!

El sepelio estaba anunciado para las diez. En medio de los rumores de voces humanas, sonó de pronto la voz del "Cu-cú" en el comedor. ¡Las diez! Y con precisión silenciosa, sin llantos, suavemente, con toda la naturalidad de quien trasplanta una flor, no bien el "Cu-cú" dejó de cantar se la llevaron.

R. Francisco MAZZONI.

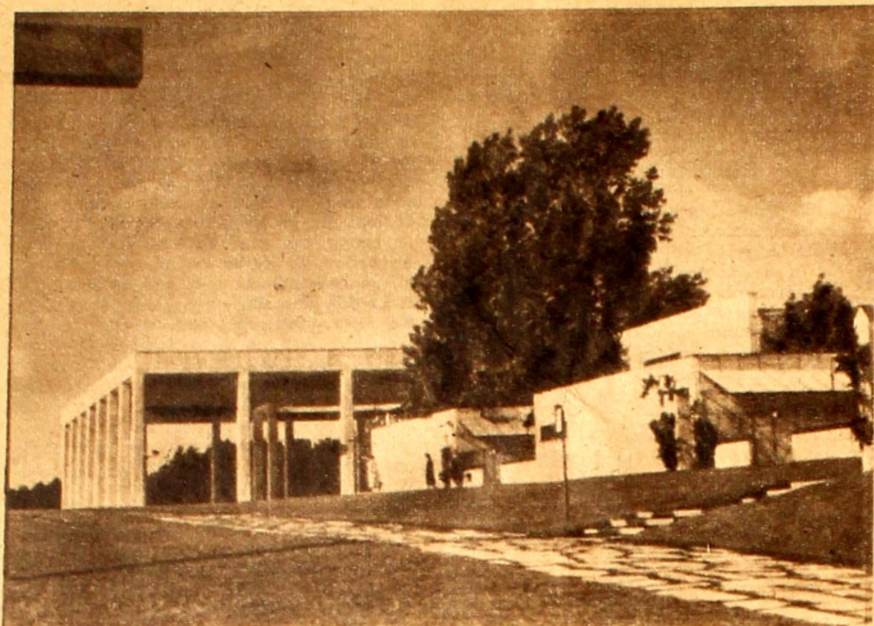
Maldonado, agosto de 1952. — (Especial para EL DIA).

Fotos del autor.



ASPECTOS DE LA ARQ

MUNICIPIOS – CENTROS D



Crematorio en Stockholm. Arquitecto Gunnar Asplund.

EL moderno edificio público sueco atiende, dentro de la planificación general urbana, a las inmediatas necesidades del pueblo, y salvo ejemplos olvidables, como el Municipio de Stokholm, al que nos referiremos en seguida, no presumen de encorsetamiento principesco.

Los siglos pasados dejaron la rúbrica de su presencia —convencida afirmación— al edificar sus palacios, teatros e iglesias. Ahí están; ahí quedan. A su lado, y en armonía, los nuevos tiempos establecen una programación constructiva más amplia, vinculada a las necesidades de la comunidad: municipios, hospitales, salas de espectáculos, locales para deportes, escuelas, etc. La eficiencia en la función rige la línea plástica; la preocupación por el confort y el bienestar interior, elimina el lujo presuntuoso. El resultado es la forma equilibrada, eficaz, amable, simple, que concuerda con una realidad social, la asegura y propende a su desarrollo positivo. El edificio público no es un monumento intimidatorio, digno de contemplación exterior; es el continente armónico de una actividad orientada a la satisfacción de las necesidades de la comunidad. Así integra el conjunto urbano y tiene derecho a hacerlo.

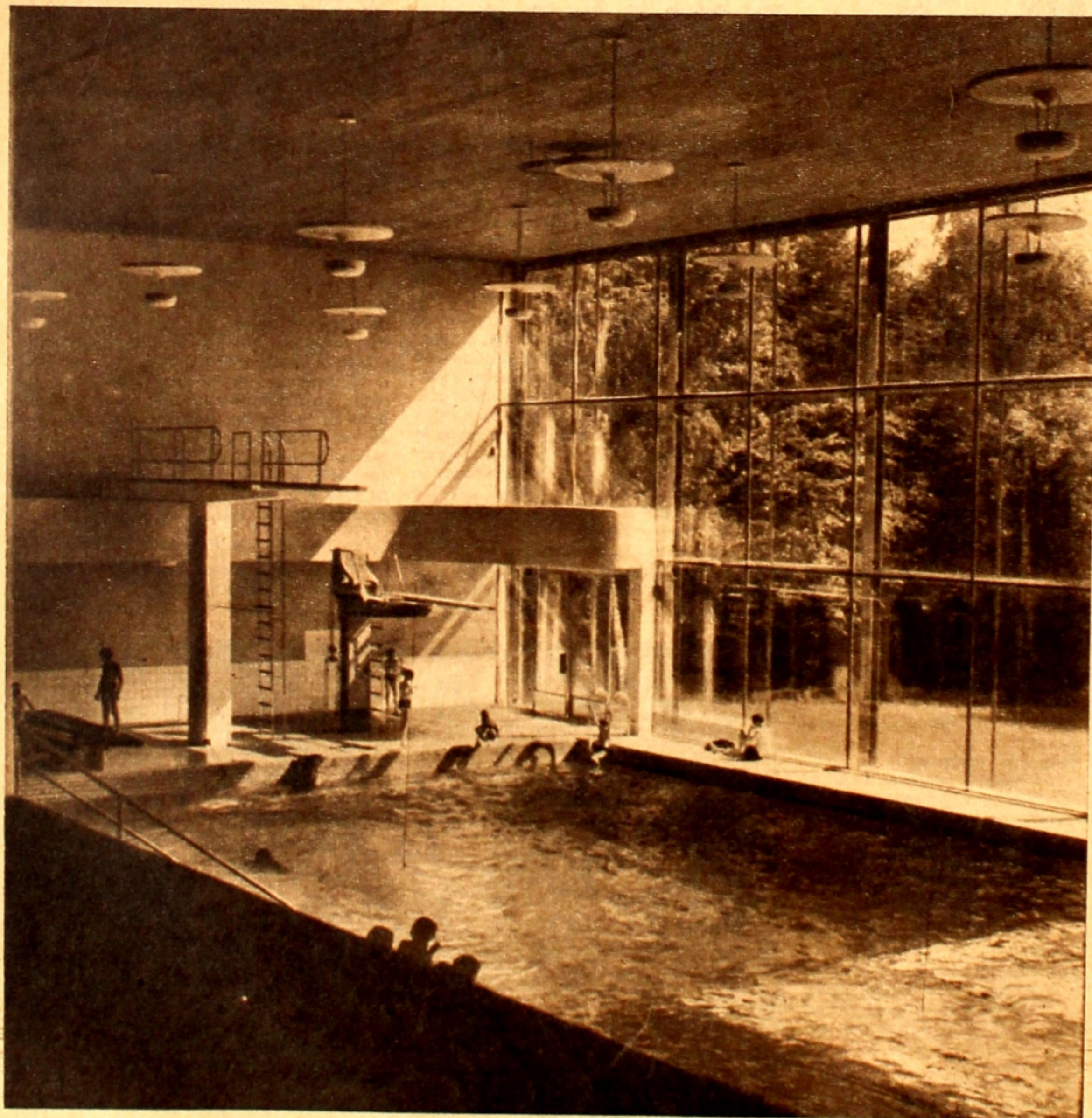
Hace unos años se cometió un error. Contra él se ha reaccionado; pero como toda reacción constructiva, comporta respeto, pues la no sumisión a los yerros es actitud normal de las gentes conscientemente libres (¿habría que subrayar esta frase para que se alcance su intención?).

Un arquitecto de gran sensibilidad y decantada cultura realizó, en la mitad del medio siglo que nos antecede, el edificio de la Municipalidad de Stokholm. Pese a todas sus virtudes, padecía de un profundo romanticismo, y enamorado quizá del apelativo que su ciudad recibe como Venecia del Norte, organizó un trasplante de formas venecianas, aquejadas de recuerdo de vikingos y ningún sentido de la realidad que el mundo estaba viviendo. El volumen edilicio —perfil simbólico de la urbe— resulta, evidentemente, un ejemplo de equilibrio plástico en ese carácter arquitectónico que Meyer Greene llamara cúbico, y cuya validez se mantiene mientras se desconoce la realidad del ambiente en que se desarrolla y se ignoran los mosaicos decadentes de su sala de fiestas y los techos infantilmente simbólicos que la masa encier a. Si la propaganda turística y la sensiblería epidérmica colgaron a Stokholm y Amsterdam los sambenitos recordatorios de la augusta ciudad del Adriático, tal pecado no debió, para el caso que nos ocupa, arrastrar a un ejemplo arquitectónico que sólo puede vindicar para su mantenimiento indiscutibles excelencias plásticas.

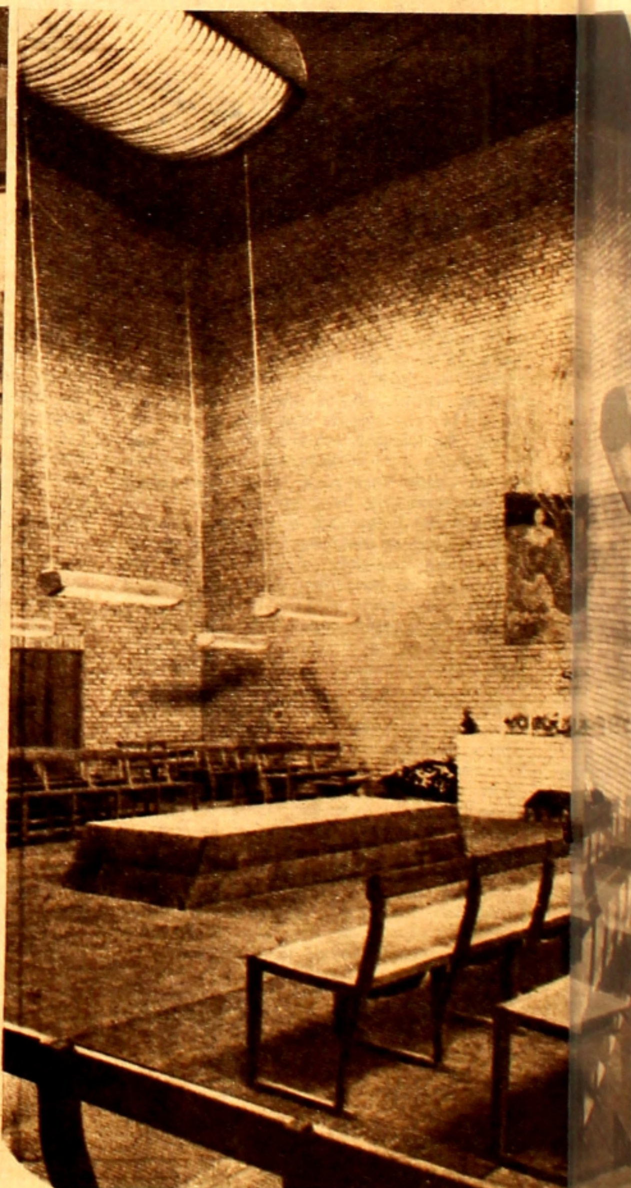
La reacción de un pueblo sano y sin prejuicios del gusto, fué tan natural como lógica. Un edificio-monumento place a la contemplación; pero las oficinas, sin aire ni luz por razones de índole estética, se trasladan por justificativos de eficiencia. Más aún: cuando se necesitó ampliar el Municipio neoclásico de Goteborg, el arquitecto Asplund enfocó la solución del hall, oficinas y salas de sesiones con el criterio simplista y eficaz que corresponde a su tiempo y a su sensibilidad.

Esta fué, seguramente, una clara enseñanza recogida de la actitud histórica de la arquitectura pasada, incluso la veneciana, por supuesto: la armonía y la unidad no se logran por la copia superficial de lo existente, sino por la afirmación del estilo que corresponde a la época de realización de las partes. Un igual convencimiento, una similar o superior —este es el caso— capacidad inventiva en la creación arquitectónica, respaldan la saludable pero atrevida posición adoptada.

La actividad comunal no se reduce, en Suecia, a un trámite burocrático que, por
más ambicioso y eficiente que se prop
ga, no deje por eso de arrastrar la pesa
del procedimiento. Los intereses y el
arrollo de la comunidad urbana no se
mitan al alcance que en tal sentido te
el poder municipal o del Estado. La
fluencia particular en los problemas co
nes se desarrolla dentro de la ordena
legal más respetuosa y por medio de c
gios formalmente establecidos en cohes
tales como los sindicatos y las cooper
vas. Las personas se agrupan por rela
común de profesiones o nivel social p
solventar, en conjunto, y dada la seme
za de intereses y aspiraciones, los pro
mas de habitación, diversión, cultura,
bajo y nutrición. Esta atención directa,
mina parte de la congoja popular la
que por todo culpa al que gobierna.
mayor intervención directa de la com
dad, impone responsabilidades ineludi
Pero atiende también, cuando la buena
luntad es la guía, a una mayor eficie
Para tan excelente actividad (que, por
puesto, no tiene razones políticas ni
la totalmente el malestar a que siem
provee el organismo de gobierno), se
ven las llamadas Casas de la Ciudad
las que un buen ejemplo puede observ
en Halmstad. El programa es, y así t
que ser, complejo: salas de actos, de
tas de reuniones pa ciales, comedor y
vicios, parte administrativa y bibliotec
el conjunto unitario, claro, equilibrado
comunidad allí reunida y por sí regida
tisface sus necesidades colectivas de cu
ra por medio de conferencias, actos mu
les y teatrales, lectura, y contacto per
nente con objetos de arte plástico bien
leccionados. Atiende a su conveniencia
terial por un restaurante de carácter coo
rativo y propicia en sus salas de reun
el intercambio de ideas para el mej
miento del nivel de vida común. Los ni



Piscina de la ciudad deportiva comunal de Luno. Arq. Hans Westman.



Crematorio en Malmo. Interior de una capilla: arq
Arquitecto Sigurd Lewere

...CTURA SOCIAL SUECA

...TIVOS – CREMATORIOS

...a parte, disfrutan también del goce ... en el in.enso cultivo en común de ...ia por conocer y por jugar.

...país como Suecia, donde los extremis... climá.icos dificultan el contacto con ... tenía que ser lógicamente un cent.o ...ividad deportiva. El frío excita la ac... y los pocos meses en el año duran... cuales se puede gozar de los rayos ...s, acrecientan el deseo de aprovecha...o. El sol y el deporte son terapéuti...ero, fundamentalmente, son justifica... de una intensificación del colectivis... La larga tradición que en tal sentido ...sarrollado Suecia, dete mina una na...dad eficaz en la importancia que al ...o se otorga. De ahí los campamentos ...tas, que permiten la total exposi... del cuerpo al no muy generoso sol ...co; de ahí las instituciones de carác...eportivo comunal que en todas las ciu...s se desarrollan. Hay zonas balnea... de g andes posibilidades, pero no todo ...ando puede llegar has.a ellas. Los cen... urbanos cuentan, entonces, con gran... piletas de natación, pelousses y can... de juegos. No son solamente las enti... profesionales o amateurs que proveen ...ales centros; son, principalmente, los ...cipios, que invierten grandes sumas ... el mantenimiento de esa salud física ... importa tanto en el niño como en el ...bre. La ciudad de Lund cuenta con un ...plo magnífico, por su larga p evisión. ...pileta, de agua entibiada, en local ce...o, se abre con un gran ventanal al jar... Si el tiempo no permite librar el va... los cristales no impiden magnificar el ...cio al relacionar el interior con el aire ..., al sumar al hueco de uso, los árboles ... césped vecinos. En la buena época, por ...esto, la relación es directa y el con... con la tierra es, también contacto ... el sol y el aire.

Las canchas de juego, con sus tribunas, son cerradas y se separan de la anterior para mejor cumplimiento de su función. A todo esto se suma, como no podría ser menos, un sistema administrativo de cont a-lor, vestuarios, depósitos e instalaciones de todo tipo.

No siempre son así estos institutos. Stokholm cuenta varios de libre implantación "all'aperto". En estos casos, al cuidado de los implementos de uso se suma el acondicionamiento del terreno en su aspecto funcional y plástico. Los trampolines, las piletas bajas y las duchas, son tan importantes como las flores o los macizos de árboles. Es lógico que el amor por la naturaleza se despliegue fuertemente allí donde el contacto con ella se escamotea por largos meses de invierno crudo.

Las instituciones industriales que rigen la comunidad de los obreros, empleados y técnicos del grupo urbeno a ellos destinado y en vinculación inmediata con la producción, plantan con el mismo ahinco y desarrollan con análoga eficacia estos edificios de inmenso valor social.

El cuerpo, el espíritu, la vida y la muerte, tienen igual valor y destacada importancia en un pueblo práctico, poco amigo de escapes .ománticos al mundo de la irrealidad o el sueño. No hay, por tanto, demasiadas complicaciones funcionales en esos institutos deportivos, donde la previsión del pudor por el cuerpo no se da como condición absoluta. El cuerpo sano es la consecuencia lógica de un equilibrio humano. No permite desplantes, ni exige rubor. No promueve, tampoco, a sentimientos extraños al lugar. Claro está que esto es producto y consecuencia de una educación sostenida que permite el contacto natural de la desnudez de padres e hijos. Y por lo que respecta al deporte mismo, mayores y menores rivalizan en la procura de destreza. Conozco la vivienda de un arquitecto sueco que, junto a la escalera de acceso a una planta alta, dispuso una cuerda colgante por la que trepan natu almente el padre y los niños.

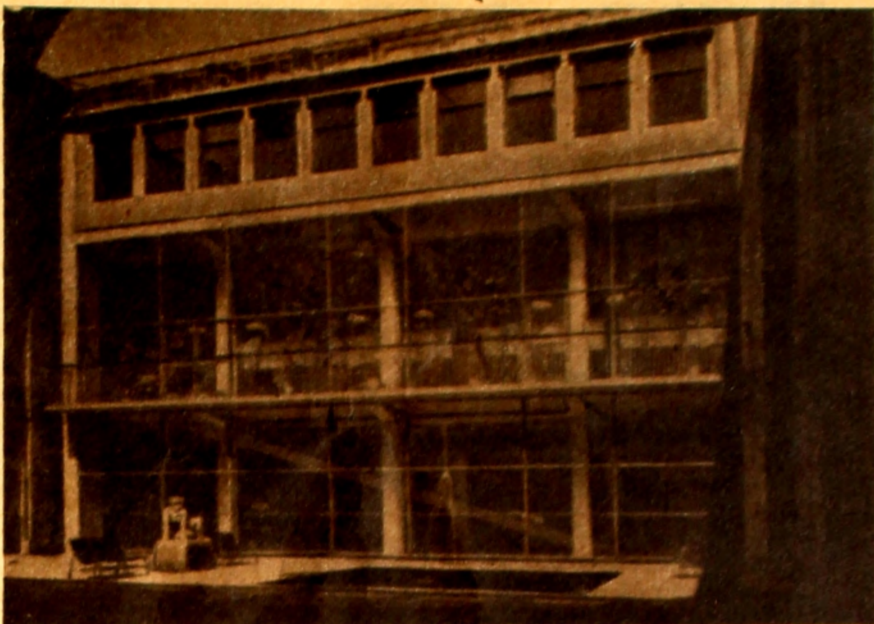
La vida y la muerte. ¿Por qué los lutos y el monumento recordatorio del ser anónimo y los duelos de noches en vela? Se atiende a la vida y en un artículo próximo veremos cómo se defiende al enfermo, cómo se capacita al niño y al joven dentro de un plan colectivo que interesa a la comunidad, sin prescindencia del caso particular. Pero en esa realidad de seres vivos, la muerte es otra realidad de la que no puede prescindirse. Si bien el número de laicos no es demasiado grande y el porcentaje de católicos llega a una tercera parte de la población, se ha logrado eliminar de la conciencia pública la magnificación del otro mundo. Así, el cementerio sueco es, por regla gene al, un jardín florido y arbolado, sin cerca de imponente macizez ni mausoleos pretenciosos o intimidatorios.

Por otra parte, la incineración de cadáveres es una práctica muy extendida. Los crematorios de las distintas ciudades suecas son insti.uciones simbólico-prácticas donde la mayor eficiencia se funde en la plástica depurada. Eficiencia que atiende al hombre en latitud extensa, y por tanto, no sólo al muerto. El velorio es una práctica desgarrante y agobiadora que no cabe en gentes para las que la muerte, como el nacimiento, son hech.s naturales. El cadáver, por tanto, se traslada al crematorio donde se conserva hasta la ceremonia de inhumación, que puede o no ser de ca ácter religioso, pero reviste siempre gran sencillez.

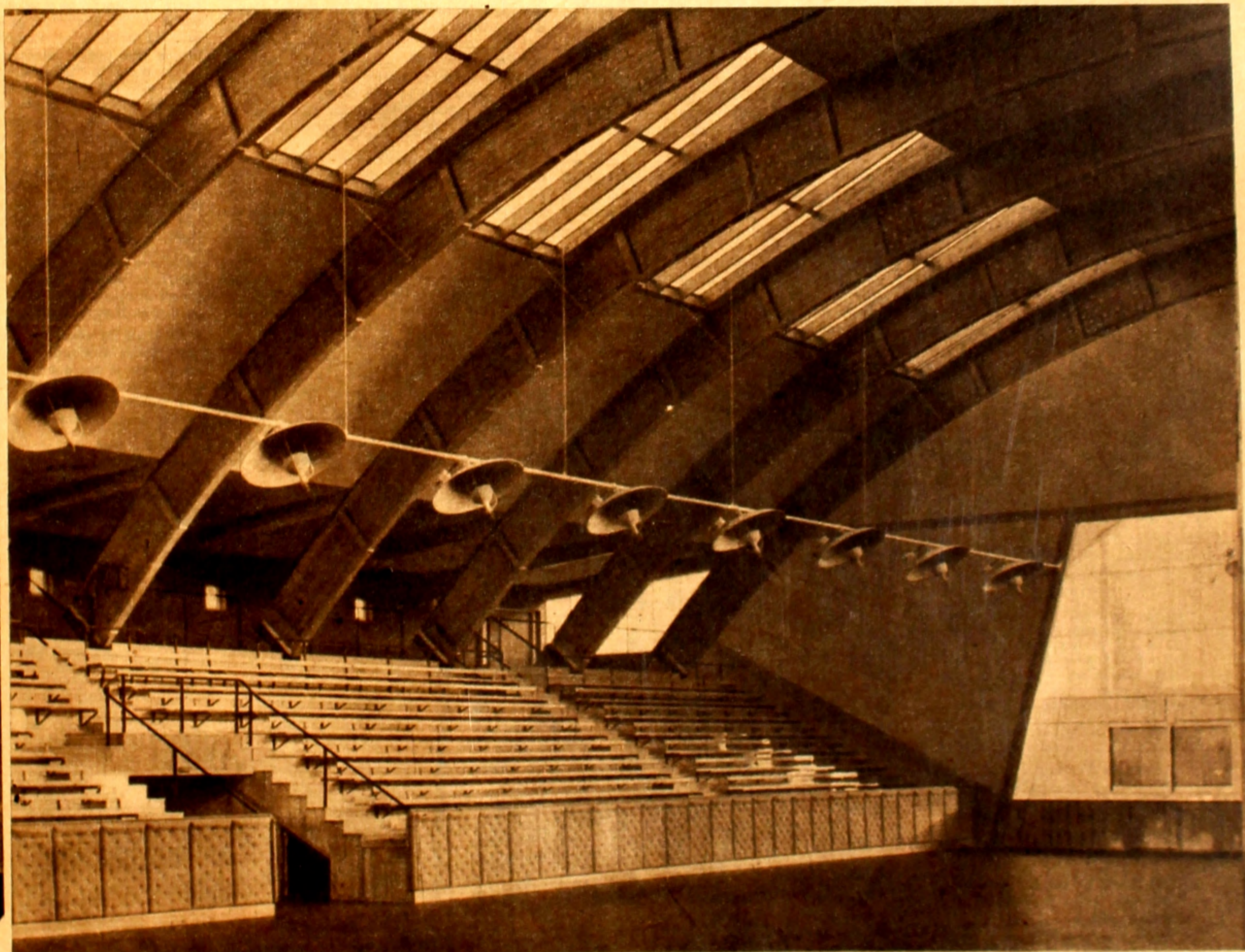
En todos los aspectos del ciclo vital, que así se cier.a, la comunidad atiende a sus múltiples necesidades. La arquitectura pública sueca es un capítulo del programa social.

Fernando GARCIA ESTEBAN.

Especial para EL DIA.

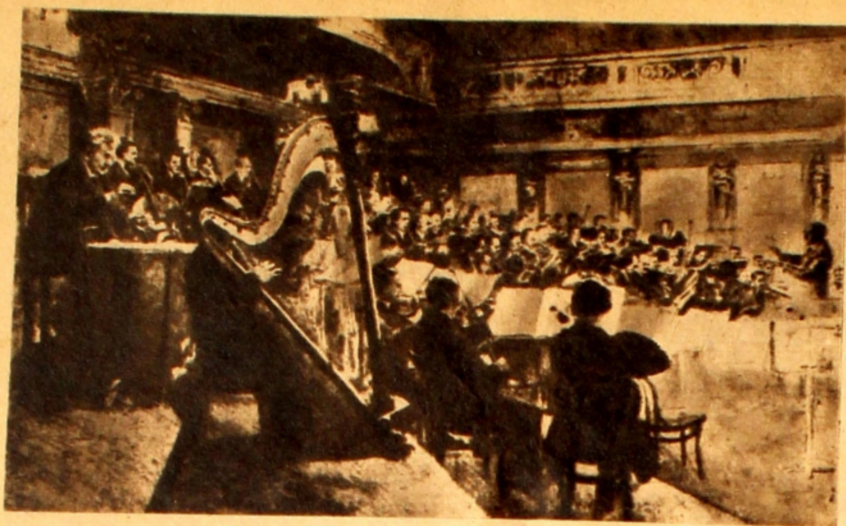


Nueva fachada en el viejo patio comunal de Gothenburg. Arq. Asplund. Clara y lógica solución de intercomunicación espacial.



...desnuda y solemne

Cancha cerrada de deportes del Eriksdal Hall, en Stockholm. Obsérvese el uso de la madera.



Weingartner dirigiendo la Filarmónica de Viena según un famoso grabado de Schmutzer.



Félix von Weingartner, el insigne director que murió hace 10 años.

HACE DIEZ AÑOS MURIO UN GRAN SEÑOR DE LA BATUTA

EN su refugio suizo donde el destino le había reservado últimos años de paz murió, en 1912, en medio de un mundo convulsionado por la más terrible conflagración, Félix von Weingartner. Había alcanzado una edad de casi ochenta años y significaba para el mundo de la primera posguerra algo como el último testigo de un glorioso pasado musical indiscutido. Amigo de Franz Liszt cuando recién hizo sus primeras armas, fué durante medio siglo una de las más brillantes figuras de la vida musical del mundo. Aún hoy significan sus discos, especialmente aquellos con música beethoveniana, el punto culminante de la interpretación a la vez fiel y emocionada.

En dos memorables jiras, Weingartner vinculó su célebre nombre a la vida artística de Sudamérica. Ocurrió este hecho hace treinta años pero aún quedan en Montevideo melómanos que recuerdan la elegante y expresiva estampa de Weigartner, en el Teatro Solís, y que no olvidarán mientras vivan sus interpretaciones. A la inversa, Weingartner guardó siempre un recuerdo admirado y hasta cariñoso de Sudamérica. Muchas veces nos habló a nosotros, que fuimos sus alumnos primero y sus amigos después, de esta parte del mundo que se mostró tan abierta a su arte como muy pocas otras. Y en su gran obra literaria, "Recuerdos de mi vida" son muchas las páginas que dedica a Río de Janeiro, a San Pablo, a Montevideo, a Buenos Aires y a Rosario, las ciudades donde actuó en aquellas dos jiras; de la segunda participó aumentando aún su brillo, la orquesta más famosa del mundo de entonces, la Filarmónica de Viena cuyo jefe durante tantos años había sido Weingartner.

Leo y transcribo algunas frases del libro de Weingartner y que se refieren al contacto con la ciudad y el público de Montevideo.

4 de octubre de 1922: Llegamos a Montevideo. El sol claro ilumina una orilla amable que se eleva suavemente, con casas blancas. Nos trasladamos al Parque-Hotel rodeado por un hermoso jardín de vegetación subtropical. Está situado sobre la playa y una ancha carretera de automóviles. Después de haber visto más de cuatro semanas casi exclusivamente casas y calles (en Buenos Aires), gozo de la vista doblemente y con alegría.

6 de octubre: Esta tarde, a las dos, me recibió el Presidente de la República, doctor Baltasar Brum. La conversación de la cual participa el ministro uruguayo en Viena, Dr. Garabelli, pronto se desvía de la presentación del "Lohengrin" a la cual el Presidente había asistido, y abarca temas generales. Este país, de cerca de 200.000 kilómetros cuadrados de extensión, ha luchado duramente por su Independencia defendiéndola tanto contra los españoles como contra los portugueses. La Nación existe desde el año 1830 y goza de la paz que originó un sistema de instituciones sociales que difícilmente podrían ser superadas. Todas las escuelas hasta la Universidad son públicas y completamente gratuitas. El Dr. Brum opinó que podría encontrarse un acuerdo entre varias naciones de la vieja monarquía austro-húngara para convivir a la manera del sistema suizo. "Alemanes, franceses e italianos viven en Suiza en forma fraternal. ¿Por qué no harían lo mismo austriacos, checos y húngaros?" exclama con vivacidad. Me alegra oir este reconocimiento del sistema suizo que siempre admiré, por tan alto dignatario. El Presidente me entregó un ejemplar de la Constitución de su país, con una dedicatoria, y me despedí de él con la sensación de haber conocido un hombre de extraordinaria visión...

8 de octubre. El Dr. Garabelli me viene a buscar con su auto. Hace frío pero el sol brilla de modo que tengo que proteger mis ojos. Desde el Parque Hotel tomamos por la ancha y maravillosamente trazada Rambla hacia Pocitos, un suburbio distante unos quince minutos del centro, donde la clase acaudalada de Montevideo pasa el verano en chalets encantadores sobre la playa. Se está prolongando esta Rambla, unos catorce kilómetros más, hacia Carrasco donde se construye un grande y magnífico hotel a la manera de los suizos que ha de ser inaugurado en enero, el mes más caluroso aquí. En el horizonte se dibuja cual blanco espejismo la Isla de Flores...

11 de octubre: Ultimo día de trabajo en Montevideo. De tarde, concierto, de noche "La Walkiria"...

En varias conferencias que Weingartner pronunció en Europa después de su regreso recordó con especial estimación al Uruguay, sus instituciones políticas y su interes musical. Weingartner era mucho más que un eximio director de orquesta. Era, lo que gran parte del mundo ignora hasta ahora, un compositor de talento y algunas de sus óperas fueron dadas con mucho éxito en varios teatros alemanes. Y era, esto ante todo, un hombre de la cultura más extraordinaria y vasta, conocedor de todas las principales literaturas del mundo, de las más variadas filosofías antiguas y modernas. Era un poeta inspirado y un hombre finísimo, acostumbrado al trato de los espíritus más cultos de su tiempo.

Su carrera fué espectacular y lo llevó en años jóvenes con increíble rapidez por los peldaños normales de maestro sustituto y de director adjunto hacia los puestos más encumbrados, a la cabeza de las orquestas más célebres del Viejo Mundo. Fué Director General de la Opera de Viena, jefe de la Filarmónica de Berlín; y posiblemente no hay ciudad alguna de importancia donde Félix von Weingartner no hubiese cosechado triunfos como sólo contados artistas los conocieron. Su vida, sin embargo, ha sido de lucha siempre. Idealista puro que fué, las alterntivas de la historia europea de nuestro siglo lo privaron varias veces de su hogar, de su fortuna. La muerte le arrebató en plena juventud el gran amor de su vida, la cantante norteamericana Lucille Marcel. En los últimos años de su existencia encontró en una joven suiza, alumna de él en las clases del Conservatorio de Basilea, una comprensiva e ideal compañera que hoy cuida de su memoria y de sus obras. La ciudad de Basilea donde Weingartner pasó sus últimos años y que le había otorgado la ciudadanía honoraria, ha organizado ahora, para conmemorar el décimo aniversario de su fallecimiento, una muestra recordatoria. Es más que una exposición; es la evocación de una gran época.

Detrás de los programas de innumerables conciertos surge la historia. Ahí, por ejemplo, están los anuncios de los conciertos a principios de nuestro siglo, que Weingartner dirigió en un pequeño pueblo cerca de Berlín. Es que Weingartner se hallaba enemistado con las altas autoridades de la ciudad que le prohibieron la actuación en la misma. Pero no podían prohibir que a pocos kilómetros adonde su autoridad no alcanzaba, en una sala improvisada de Weingartner dirigiera todos los conciertos que él quería, y que el público más numeroso que nunca fletaba trenes especiales para asistir...

Están allí las composiciones, sinfonías, música de cámara y lieder. Música romántica, como romántica había sido la época en que el autor se había formado, al lado de Wagner, de Liszt, de Brahms.

Innumerables condecoraciones atestiguan los honores que casi todos los países de la tierra tributaron al gran director. El no las usaba nunca como no gustaba usar su título de nobleza ni ninguno de los tantos títulos que podía ostentar, desde "Dr. honoris causa" y "Generalmusikdirektor" (el título más alto de la carrera musical otorgado en Alemania) hasta aquellos que eran inherentes a sus condecoraciones. Vivía sencillo y su trato personal tenía el encanto de un hombre cultísimo y amable, a la manera tan típica del austríaco de antaño.

En la ciudad suiza de Winterthur está su tumba, sencilla y sin ostentación alguna. En ella esculpidas las palabras de su propia pluma que pueden tomarse como su "credo":

AQUI, sea tu santo y seña,
AQUI, la eterna gran palabra...
Quien aquí se acredita
ganará lo único verdadero MAS ALLA...

Este fué su credo: hacer la obra sin vacilar. Estar sirviendo la causa que había elegido en el mundo: la música. Y en lo demás, el lema beethoveniano: Hacer todo el bien posible, decir siempre la verdad y no vacilar nunca ni siquiera frente a un trono...

Kurt PAHLEN.
(Especial para EL DIA).



Franz Liszt, en una de sus últimas fotografías tal como lo conoció Weingartner.



Una curiosa dedicatoria de Liszt a Weingartner: la partitura de la Sinfonía "Fausto" con las palabras: "A Félix Weingartner quien podría componer esto mucho mejor...



Busto de Montalvo, en la Avenida principal del Parque de Mayo, Quito. (Bronce del escultor uruguayo Pablo Mañé).



La quinta de Ficoa en donde Montalvo pasó largas horas de soledad y estudio.

DE LA VIDA DE JUAN MONTALVO

LUEGO de la llegada al Ecuador de la magnífica estatua de Artigas, se trata de nuevas donaciones de bronce destinadas al busto de José Enrique Rodó para uno de los parques quiteños. En justa retribución a la visita perdurable del sereno estilista de "Los Motivos de Proteo", se piensa en el viaje del bronce de Montalvo, cuyo soberbio medallón esculpiera, a golpes de su palabra modeladora, el gran pensador uruguayo que reveló a Darío e imprimió en los perfiles de Bolívar los rasgos permanentes de su valor y de su destino.

De la ciudad de Quito saldrá Montalvo en estatura broncínea para marchar hacia la compañía de Rodó, en busca de los aires inmortales y libres. En Quito estuvo varias veces. Su sino de viajero que se marcó en virtud del medio hostil y de su carácter pugnáz, permitió, no obstante, que algunos de los altos de su existencia se fijasen en esta ciudad, alta como de observatorio físico y subjetivo. El ambateño no reside por mucho tiempo en Ambato. Sus más largas estancias en tierra tungurahuense corresponden a su vieja quinta de Ficoa y al solitario paraje de Baños. En aquella, contra las líneas volcánicas, se conserva todavía, reconstruída sobre sus terrones humildes, la pequeña casa campera, de breve portal y exiguas habitaciones. Y la piedra rodada que servía a don Juan de duro asiento para sus meditaciones. En Puntzang, la hacienda bañeña de los Montalvo, contornearía algunas de sus páginas de estilista y bien sabido es que sus primeros acordes líricos, aquellos que tuvieron que ser olvidados al advenir su prosa hasta hoy no igualada, están llenos de remembranzas del paraje por cuyas veredas selváticas transitara tantas veces. Es de pensarse en que esa naturaleza de respiración libre, de torrente impetuoso, de roca desafiante e hilillos de agua radioactiva, se hubiese no sólo avenido con el temperamento montálvico, sino también con su paisaje de espíritu rebelde y poético. A Baños fué para curarse de algo del alma o del carácter que batallaba, y de allí salió, según su propia expresión, "tigre cebado", para no dar tregua a su vida de polemista. Y entre sus largas épocas de París o de Ipiales, o su primitiva estada limeña, la mayor parte de los años de su residencia en el Ecuador corresponde a Quito. Viene de Ambato con su hermano el doctor Francisco Montalvo. Estudia en el Convictorio de San Fernando. Se aplica a la Gramática Latina para leer a Cicerón, de cuya armoniosidad periódica hay más de una huella en sus escritos. Ingresa al Seminario de San Luis y graduándose de Maestro de Filosofía en 1851 —a los diez y nueve años de edad— es, por breve tiempo, alumno de la vieja Universidad quiteña. Aquí intima con Julio Zaldumbide, el poeta de la trascendencia filosófica, de la elegía honda y el recuerdo de eglogarios, como revestido de pulcra levita citadina. Visita reiteradamente la casa de los Zaldumbide y mientras al lado del poeta amigo se plantea por lo menos un rápido propósito de Academus, Juan Montalvo abandona la ruta universitaria para engrosar la corriente definitiva de su autodidactismo. Aquí escribiría los endecasílabos imperfectos de su primicia. Aquí haría su paseo inicial por lecturas byronianas y encendidos párrafos de Hugo. Aquí las Cartas del Padre Joven. Aquí resolvería acerar la pluma para herir a García Moreno...

Casi al llegar a los treinta años, y de regreso de su primer viaje a Francia, Montalvo publica uno de sus primeros artículos literarios en "El Iris", la revista quiteña en donde al lado de Julia Zaldumbide y José Modesto Espinosa, escribían los ambateños Pedro Fermín Cevallos y Juan León Mera. Unico artículo destinado a periódico de varios colaboradores y que dejaría un gran espacio de silencio hasta la aparición de "El Cosmopolita", el aguerrido iniciador de sus brillantes revistas unipersonales.

Entre tanto, en Baños o en Ficoa, las temporadas del aislamiento que perfilaban mejor los valores del estilista y la búsqueda de la umbría para "curarse penas de amores", pues como lo nota su biografista Oscar Efrén Reyes, "Montalvo demostró, desde muy temprano, un erotismo agudo. Gran parte de sus tristezas y aislamientos prematuros se deben, sin duda, a éste. Leyendo la vida de Petrarca, de Lord Byron, de Alfieri, de Musset, de Larra, encuentra ecos dentro de su propia vida y los admira y comenta de un modo pertinaz."

A los treinta y cuatro años publica "El Cosmopolita". Al aire quitense ofrece primero sus más urgidas páginas, que iban a tener una suerte universal. Su visión de París y Roma se traslada a "Cartas de Viaje", trazadas quizá en este ambiente de altiplano, al tiempo que confía a su periódico sus letras de amor redactadas en el decurrir soledoso de Baños. No hay en "El Cosmopolita" asomos del en un tiempo característico epigrama quiteño. Pero más tarde revivirá leyendas como la del doctor Custodio o en sus Tratados ha de darse a la animación de episodios, como el del cura Escudero, tenorio talar.

A Quito volvió, por fin, después de su último viaje a tierra francesa, definitivo para la muerte y la gloria, pues si en Ambato, la cuna, reposa hoy su cuerpo embalsamado y en la Plaza Mayor se eleva una estatua suya, un busto, réplica del que se guarda en París, ocupa el lugar central de la Avenida de los Grandes, desflorecida en la época de los paseos montalvinos y en relativa lejanía como para emprender desde la ciudad un viaje a caballo para visitarla. Vereda para entonces silvestre por donde pasaría, alto, flaco y desengañado, para marcharse a su destierro en Ipiales, como un Quijote sin escudero ni adarga.

El escritor brasileño Silvio Julio ha creído más en el quijotismo de Montalvo que en el cervantismo de su Quijote, personaje de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes". Porque no son raras sus salidas por los campos de Montiel. De joven estudiante de Derecho, ya fuga, burlando la vigilancia de tutores celosos, para devorar, a la luz de un farol, como lo hiciera Don Quijote, los libros de modernas caballerías. Quijotiles son sus primeras lanzadas contra García Moreno por la desigualdad de las fuerzas, por más que el ambateño llevara las de ganar por la bruñida forma de su verbo. Su amor a los menesterosos y a los humildes parece de la cepa noble de Alonso Quijano. Cuando los criados de su casa promueven alarma porque un muchacho de color es sorprendido en el robo de un vestido del novel estudiante, Montalvo les detiene con una declaración inusitada: "Yo le regalé —observa—. Dejen que se lo lleve". Don Juan ayuna en París, desterrado o proscripto voluntario, pero es para la niña hambrienta que acierta a pasar por su lado el único franco que le queda. Llora por la muerte del negrito que le servía y arremete con el cura que le negaba sepultura. Guía, en otra vez, a la forastera que se ha perdido en la urbe parisina y la embarca a sus expensas con dirección a su destino. Para negarse a recibir los auxilios económicos que le ofrece Alfaro, escribe al caudillo liberal: "Usted es padre de familia y no debe ser de las manos muy sueltas". Su invitación a Lamartine, el poeta de la greña romántica, sale de su iluso entusiasmo, y si la penitencia le redoma en el vencimiento, como el caballero manchego sabe también gloriarse de sus victorias, cuando a la muerte de García Moreno revienta en la frase exclamativa: "Mi pluma le mató". "No hice mal a nadie —se repite, puesto ya el pie en el estribo— y bajaré tranquilo al sepulcro", cuando se viste de etiqueta para recibir en su hospedaje de la casa de la Rue Cardinet, en París, la visita de la muerte, y cuando el desterrado encarga flores para su propio cuerpo yacente, porque como en la vida del universal Quijano, ha llegado "la hora del acabamiento", está dando un remate caballeresco a la novela de su existir.

Augusto ARIAS.

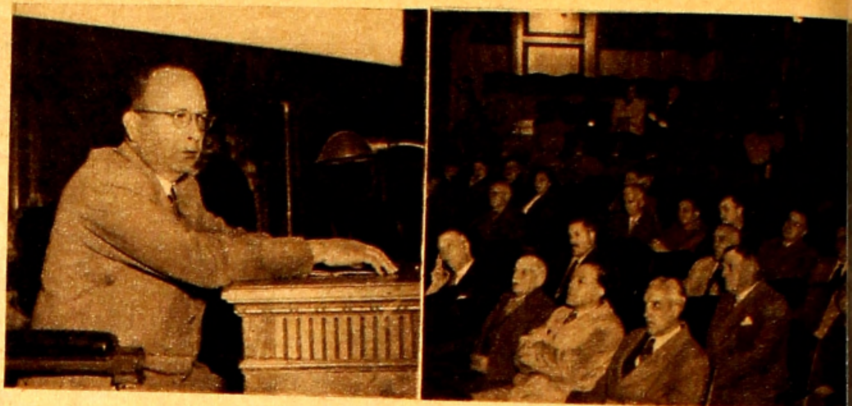
Quito, agosto de 1952. — (Especial para EL DIA).



Baños: La vereda agreste por donde solía pasear don Juan en sus meditaciones.



Juan Montalvo (Oleo de César A. Villacrés).



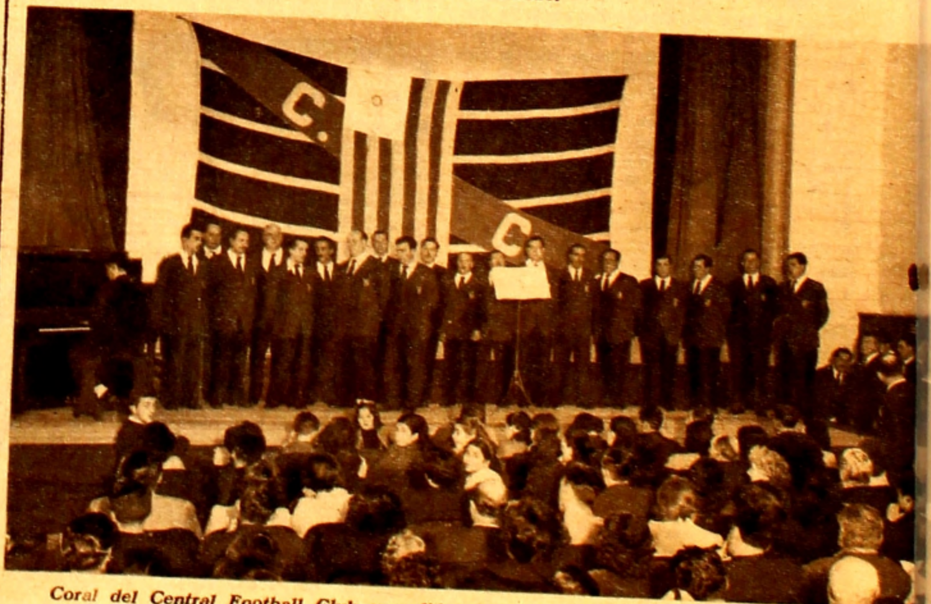
En la segunda conferencia del ciclo sobre "Belleza y Bienestar de la Ciudad", organizado por el Instituto de Estudios Superiores, el ingeniero Luis M. Brezzo trató el tema: "Problema de la limpieza de la ciudad".

INFORMACION LOCAL





La delegación que actuó en Helsinki fué agasajada por el Comité Olímpico en la Casa de los Deportes. Aparecen en las notas autoridades, dirigentes del deporte, y el público reunido.



Coral del Central Football Club que dió una interesante audición, con méritos artísticos, en el Cine Capri.




El ilustrado periodista, señor Julio Caporale Scelta, dictó en la Sociedad Italo Uruguaya" una interesante conferencia sobre el tema de teatro de Pirandelo




El Intendente Municipal de Montevideo, don Germán Barbato, rodeado del público que lo acompañó durante su recorrida por el "Barrio de los Bulevares". Vecinos de la zona observan las obras necesarias para la apertura de una calle.




Fueron homenajeados en el Hospital Militar siete funcionarios pertenecientes al Cuerpo de Sanidad Militar, con más de 35 años de servicio continuados, habiéndoseles hecho entrega por el señor Martínez Trueba, de medallas como premio y estímulo.




Se inauguró con asistencia de autoridades escolares, la exposición de Pinturas Infantiles que, sobre "El Pájaro Azul", de Maeterlinck, se realiza en el local del subterráneo de 18 de Julio y Avenida Agraciada.



Sala del claustro de la Universidad de Groninga.



El Dr. H. L. A. van Wijk, profesor de la Universidad de Groninga e investigador de la dialectología hispanoamericana.

EN HOLANDA SE NOS ESTUDIA

GRONINGEN CAPTA NUESTROS MODISMOS

NO puede resultar otra cosa que una paradoja la publicación de un artículo sobre nuestras formas de expresión, sobre nuestros modismos de lenguaje, con un acompañamiento de ilustraciones bellísimas tomadas en Groninga (Groningen), ciudad de 110.000 habitantes situada al norte de Holanda. Pero mucho más paradójico resulta que un profesor de su Universidad con nombre de pintor flamenco, el Dr. H. L. A. van Wijk (Semarangstraat, 47 B, Groningen, para quien desee escribirle sobre aspectos de nuestra habla regional) me salga preguntando en carta, por mediación del lector de estas páginas Sr. A. Boutón Martínez, si los criollos de Paysandú tienen diferencias de lenguaje con los criollos de San Carlos. Aclarado el porqué de ese desequilibrio entre lo literario y lo gráfico, quiero decirle al lector amigo que no me he resistido a privarle del encanto que me han proporcionado los envíos fotográficos de este cultísimo investigador de las formas hispánicas de lenguaje —que, por otra parte, escribe perfectamente en nuestro idioma — y así el lector y yo haremos un viaje imaginario por país de tulipanes y de quijotescos molinos.

Y el doctor van Wijk, que se recibió con una tesis sobre el habla popular de Venezuela y es reciente autor de una Antología de Cuentos Hispanoamericanos, muy interesante, me asalta con preguntas que tengo que contestar casi de oídas. Yo no soy filólogo. Sin enseñanza clásica alguna en mis tiempos de estudiante, apenas adquirí un barniz acercándome a quienes sabían materia de lingüística. Y la filología es asunto demasiado serio para la improvisación. Además, conozco a mi país en su habla y en su escritura, más por libros que por contacto directo. Pero he aprendido bastante al examinar en los liceos departamentales. Para contestar al estudioso europeo, le digo, con otros, que hay aproximadamente cuatro regiones lingüísticas en el Uruguay. Y destaco mucho lo de *aproximadamente*. 1º) *Parte del litoral:* algo de Salto, Paysandú, Río Negro, Soriano y Colonia, son afines, con posibles distingos, al grupo caracterizado como de Entre Ríos por Amado Alonso. En el Salto me han negado al querido "Viejo Pancho", diciéndome: "Eso no es lenguaje gauchesco". 2º) *El Sur:* algo de Colonia, San José, Montevideo, Canelones, algo de Maldonado, Flores, Durazno, Florida y Lavalleja (y todo esto muy relativo. porque el Montevideo ciudad vive en rascacielo aparte), sufren primeramente influencias canarias y maragatas y, luego, la de la avalancha internacional, con mucho de italiano y de galicismos (que por vía culta han entrado en todo el país, dada la enorme influencia de la bibliografía francesa en la Universidad y Liceos. 3º) *El Norte del Río Negro*, demuestra marcada presión brasileña. Artigas, bastante en Salto, Rivera (sobre todo), Tacuarembó, algo en Cerro Largo, dicen que en Treinta y Tres (no lo conozco, por desgracia), muy poco en Rocha (cerca de la frontera, sí). El tema se ha tratado mucho en congresos pedagógicos, por lo de la absorción del portugués. Pero la acción de los Liceos se hace notar en sentido afirmativo. 4º) *Rocha ha sido una isla lingüística*, por ser la capital a la que llegó en última instancia el ferrocarril. Todavía se habla mejor español que aquí. Aunque aseguran los profesores del Liceo que se está perdiendo la unidad inicial, que ya es demasiado cosmopolita la población flotante, atraída por las playas, a lo que agregan la influencia de la radio y los choferes de ómnibus. Pero todavía en los exámenes sorprenden los alumnos por la pureza del lenguaje y los arcaísmos que emplean. Hará tres o cuatro años me pareció estar en el teatro, cuando escuché a la sirvienta del hotel decirle desde el piso alto al portero: *"Oye, Juan, sube y tráeme las toallas"* (destacando bien la pronunción castiza de la LL). Jamás había oído hablar así a gentes de servicio y muy poco en el lenguaje familiar. Aquí, es necesario hacer esfuerzos en cátedra para no pasar como forzando la dicción. Y, a veces, con el objeto de no incurrir en ridículo, uno mismo sigue la línea del mínimo esfuerzo y, sin caer en renuncios exagerados, se busca el rodeo que impida incidir en lo excesivamente afectado para el oído corriente. Por consejo de Navarro Tomás, pronuncio sí la LL, cuando leo a los clásicos españoles en clase o conferencias. Pero debo hacer un esfuerzo. Emilio Frugoni lo hace siempre espontáneamente.

Acerca del problema Montevideo-Buenos Aires, le he contestado al doctor van Wijk que, como término medio, se habla algo mejor aquí (sin patrioterismo). Evidentemente, el TU aún se usa más por esta región. Las clases cultas argentinas hablaban con alguna mayor propiedad que las nuestras, pero con cierta afectación, para nosotros, al menos. En cambio, las clases populares estropean más el español allá que acá. Exprofeso, una vez asistí a las tribunas populares de la vieja cancha del River Plate argentino. Declaro que no entendí mucho de lo que hablaban personas bastante bien vestidas. Y el *lunfardo* sigue invadiendo en nuestro medio también. Los jóvenes lo usan como gracia. Nuestros muchachos de la calle, más que *lunfardo* emplean una jerga bien montevideana. El dibujante Julio Suárez la ha captado para sus historias gráficas, que en ese sentido son un documento. Usan mucho el apócope, juntan una palabra con la siguiente, etc., etc. Yo, en Buenos Aires, paso por porteño, con la condición de no decirle *botija* al *pibe*, de no llamarle *caldera* a la *pava* y *batata* al *boniato* chico, que creo le dicen allá *papa dulce*.

Me pregunta el investigador holandés si aspiramos la H. En Montevideo no es corriente, salvo formas que han quedado de antiguo o gentes recién venidas del campo, donde se aspira. Hace 40 años justamente, una muchacha que vino de Tacuarembó, le decía a una hermana: *"Bombeáme la garganta, para ver si tengo alguna jeridita.* Sobre *el vosotros* y el *ustedes*, ha vencido la segunda expresión. Algunos, cuando quieren pasar por autoridades, usan el *vosotros* en discursos y, por momentos, caen en el *ustedes* y en toda clase de errores de concordancia.

El *efetivo, coleta* (por colecta), *intato, arquiteto*, se escucha en algunos casos. El *cáido* sólo se oye por imitación consciente o cómica, del lenguaje rural. El *páis*... bueno, los hombres del siglo pasado lo decían mucho, hasta los cultos. El *váyamos, ténganos, puédamos, quiéramos*, los traen en su léxico alumnos, aunque tiende a declinar, no sé si definitivamente. Los viejos doctores del XIX decían: *díploma, décano, cólega*. Hoy está, también, ese uso muy desterrado. Quedan sólo resabios.

A la ametralladora de preguntas holandesas respondí en forma paralela. He sintetizado aquí lo que me parece tener más interés para el lector del *Suplemento*. Pero siempre con un margen de error, por las razones dadas. Sobre la terminología futbolística, que está bien en el pueblo, he apuntado lo siguiente: En los orígenes, la gente decía *fóbal*. Todavía queda algo en muchachos: "Vamos al *fóbal*". A este respecto, son curiosas las modificaciones del inglés: *golero*, al *goal-keeper; jalba*, al *half-back* (medio-zaguero): de aquí ha nacido en ésta un verbo pintoresco, *jalbear*. *"lo está jalbeando"*, quiere decir que amaga para no dejar seguir adelante. Es un verbo muy gráfico para inspectores, jefes de oficina, etc. Nadie dicen bien *off-side*, ni algunos ingleses radicados, para no incidir en afectación, sino *orsáy*. El *out-ball* es simplemente *óbol*. Los nombres de puestos difieren aquí y en Buenos Aires. MONTEVIDEO: *Arquero* o *golero* (ya casi nadie dice *goal-keeper), back, half back* (o *jalba*), *puntero, entreala, centro forward*. (En un Campeonato Sudamericano (1941), los ecuatorianos se molestaron porque los locutores le llamaban *golerito* a su *arquero*. Mientras que aquí golerito es, en simpatía, *goal-keaper* muy joven y de poca estatura, para los de Ecuador resultó despectivo). BUENOS AIRES: *Arquero, full-back, half-back, wing, insider, centro-forward*. Y oímos todos los días estropear el verbo errar, con lo de "Fulano *erra* frente al *gol*".

Pero, parece mentira, amigo lector, que en ese ambiente alejado haya quien se interese por estas cosas nuestras, como si hubiera asistido a una de nuestras agitadas asambleas políticas, como si hubiera bailado un tango en *cabaret* criollo o gritado desaforadamente en el Estadio Centenario.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

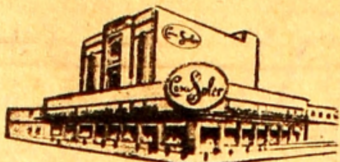




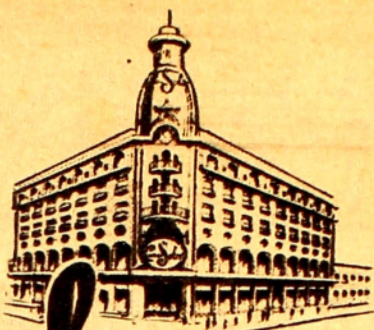








SUCURSAL GOES
Gral. FLORES 2341





SUCURSAL CORDON
Av. 18 de JULIO 1601

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.
CASA MATRIZ - Av. AGRACIADA 2302

ULTIMA SEMANA

de nuestras grandes rebajas de

SALDOS de BALANCE

No las olvide

EN TODAS NUESTRAS SECCIONES, ENCONTRARA ARTICULOS A PRECIOS EXCEPCIONALES

VEA NUESTRAS VIDRIERAS EN LAS TRES CASAS



Av. AGRACIADA 2302
Av. Gral. FLORES 2341
Av. 18 de JULIO 1601